

Amanda, una jovial vecina de Alcantarilla, es todo un ejemplo de superación en la vida. Una buena mujer, viuda y madre de dos niños llenos de energía, que provocan que las noches sean, para ella, tan intensas como entrañables y deseables. Ella, ayudada por su madre, la querida Patricia, Dirige una empresa emergente que mantiene su teléfono en constante actividad.

Aquella noche de jueves, tras ducharlos, darles la cena y leer un poco con Kike y con Hugo, se acuesta y llega a la cama prácticamente exhausta. Poco, o nada, le cuesta conciliar el sueño. Y, de repente, en medio de él, para su sorpresa, aparece una joven risueña que le habla:

—“Tienes que avisarles”.

—“¿A quién?”.

—“A los míos, a mi familia. Te lo digo a ti porque me identifico mucho contigo. Eres un ejemplo, Amanda”.

—“Pero ¿qué quieres que haga?”.

—“Ve a la Plaza de las Flores y diles que lo han conseguido. Que va a salir adelante y que van a salvar a muchas. Que va a traer seguridad, aunque yo hoy tenga que celebrarlo en tus sueños”.

—“¿Solo digo eso?”.

—“Sí, solo eso. Ah, bueno... y dale un abrazo muy fuerte a todos. Diles que estoy con ellos y que los amo. Estoy muy orgullosa de ellos”.

—“Vale, de acuerdo. Así lo haré”.

—“Por cierto, antes de que te vayas... Eres muy simpática. Yo también me identifico contigo. Dime al menos quién eres, aunque sea un sueño”.

—“Soy tu vecina Sara. Sara Gómez”.

Al despertar de aquel sueño tan vívido, Amanda sintió que aquel día tenía un cometido muy especial. Una tarea que esa misma mañana se encargaría de cumplir a la perfección. Y a las once, tras enjugar las lágrimas que la emoción le arrancó, miró al cielo, hizo un leve guiño y caminó.